



CAMBIO CLIMÁTICO  
Y ENFERMEDAD  
EN EL FIN  
DE UN IMPERIO



EL FATAL  
DESTINO  
DE ROMA

KYLE HARPER

Kyle Harper nos ofrece una nueva visión de la decadencia y caída del Imperio romano, que nos descubre el papel determinante que el cambio climático y las enfermedades infecciosas tuvieron en su ruina. Partiendo de la época feliz de Marco Aurelio, el autor nos conduce hasta el momento en que un imperio asediado no pudo resistir el empuje conjunto de una «pequeña edad glacial» y de la peste bubónica. Kyle Harper, que combina la erudición histórica con el método científico, nos conduce a una reflexión que enlaza una nueva forma de ver la historia con los problemas del presente. La recepción del libro por parte de los especialistas ha sido entusiasta: desde Peter Brown, que lo califica de «historia a lo grande», hasta Walter Scheidel, que lo valora como «un auténtico hito en el estudio del mundo romano, apasionante, innovador y hasta revolucionario».

*Para Sylvie, August y Blaise*

En mi principio está mi final. Las casas se elevan y caen en sucesión, se desmoronan, son eliminadas, destruidas, restauradas o en su lugar hay un campo, una fábrica o un camino secundario. Piedra vieja para edificios nuevos, madera vieja para hogueras nuevas, hogueras nuevas para las cenizas y cenizas para la tierra que ya es carne, pelo y heces, hueso de hombre y bestia, tallo de maíz y hoja.

T.S. ELIOT, «East Coker»

## LISTADO DE MAPAS

- Mapa 1. El Imperio romano y sus ciudades más grandes en el siglo IV
- Mapa 2. Zonas ecológicas del Imperio romano
- Mapa 3. El mundo de Galeno: las provincias que indudablemente visitó
- Mapa 4. Los mecanismos climáticos globales y el Imperio romano
- Mapa 5. Archivos de temperaturas en las cuevas y Óptimo Climático Romano
- Mapa 6. Vestigios del poder imperial romano
- Mapa 7. Alcance del *Gerbilliscus kempfi*
- Mapa 8. Los romanos y el mundo del mar Rojo
- Mapa 9. Los romanos y el océano Índico
- Mapa 10. Posibles indicativos de peste antonina
- Mapa 11. Hidrología del Nilo y mecanismos climáticos
- Mapa 12. Indicadores de la plaga de Cipriano
- Mapa 13. Dos provincias que engendraron a la mayoría de los últimos emperadores romanos
- Mapa 14. Visión de un comerciante sobre el Imperio romano: la *Expositio*
- Mapa 15. La maquinaria imperial de la logística militar
- Mapa 16. La estepa de Eurasia
- Mapa 17. Atlas de la rata en el Imperio romano
- Mapa 18. Itinerario de la *Y. pestis*: de China a Pelusio
- Mapa 19. Itinerario de la *Y. pestis*: de Pelusio a pandemia
- Mapa 20. Geografía de la mortalidad de masas

Mapa 21. Ecología de la peste en Oriente Próximo

Mapa 22. Amplificaciones de la peste en Oriente, 550-620 d. C.

Mapa 23. Amplificación de la peste en Oriente, 620-750 d. C.

Mapa 24. Oriente Próximo a finales del Imperio romano

Mapa 25. El mundo de comienzos del islam

Mapa 26. El Mediterráneo de comienzos de la Edad Media

# CRONOLOGÍA





300 d. C.	400 d. C.	500 d. C.	600 d. C.	700 d. C.
TRANSICIONAL ROMANO TARDÍO 150 d. C. - 450 d. C.		PEQUEÑA EDAD DE HIELO DE LA ANTIGÜEDAD TARDÍA 450 d. C. - 700 d. C.		
Plaga de Cipriano 249-262			Primer brote de la plaga de Justiniano 541-543 Brotos posteriores hasta el 749	
	Conversión de Constantino 312		Guerra con Persia 602-628	
	Batalla de Adrianópolis 378		Reino de Heraclio 610-641	
	Saqueo de Roma 410		Hégira de Mahoma 622	
		Muerte de Atila, el Huno 453	Batalla de Yarmuk 636	
		Último emperador de Occidente 476		
Juegos del Milenio 248			Reino de Justiniano 527-565	
Crisis del siglo a 250-270			Reconquista de África 533-534	
Filipo el Árabe 204-249	Teodosio I 347-395	Teodorico 454-526	Mauricio 539-602	
Cipriano de Cartago 200-258	Estilicón 359-408	Justiniano 482-565	Gregorio Magno 540-604	
Claudio II 210-270	Claudio II 370-404	Teodora 500-548	Mahoma 570-632	
Dioleciano 244-312	Alarico 370-410	Procopio 500-554	Heraclio 575-641	
Constantino 272-337	Atila 406-453	Juan de Éfeso 507-588		

## Prólogo

### EL TRIUNFO DE LA NATURALEZA

A principios del año 400 d. C., el emperador y su cónsul llegaron a Roma. Nadie era capaz de recordar un momento en el que los emperadores hubieran residido en la vieja capital. A lo largo de más de un siglo, los gobernantes del imperio habían pasado sus días en ciudades situadas más cerca de la frontera septentrional, donde las legiones defendían la línea que, a juicio de los romanos, separaba civilización y barbarie.

En aquel tiempo, una visita oficial a la capital servía de pretexto para un magnífico espectáculo, ya que, aun sin los emperadores, Roma y su pueblo seguían siendo símbolos poderosos del imperio. Unas setecientas mil almas residían aún en la ciudad. Todos disfrutaban de las comodidades de una urbe clásica diseñada a escala imperial. Un orgulloso inventario del siglo IV afirmaba que Roma contaba con 28 bibliotecas, 19 acueductos, dos circos, 37 puertas, 423 barrios, 46 602 bloques de viviendas, 1790 casas grandes, 290 graneros, 856 baños, 1352 cisternas, 254 panaderías, 46 burdeles y 144 letrinas públicas. Se mire por donde se mire, Roma era un lugar extraordinario. **[1]**

La entrada en escena de un emperador puso en marcha una secuencia de rituales civiles cuidadosamente organizados y concebidos para asegurar a la ciudad un lugar destacado dentro del imperio y, al mismo tiempo, garantizar a dicho imperio su lugar destacado entre todos los principados del mundo. El pueblo, en su condición de orgulloso representante de la tradición imperial, disfrutaba juzgando esta clase de ceremonia. Roma, como les gustaba que les recordaran, era «una ciudad más grande que cualquiera de las que el aire rodea en la Tierra, cuya grandeza no puede contemplar ningún ojo, cuyos encantos no puede medir ninguna mente».[2]

Una gran procesión imperial se abrió paso hasta el foro. Era allí donde Catón, Graco, Cicerón y César habían cosechado su fortuna política. Los fantasmas de la historia eran compañeros bien recibidos cuando la multitud se agolpó aquel día para oír un discurso de elogio al cónsul Estilicón, quien era una figura destacada, un *generalissimo* en la cúspide de su poder. Su imponente presencia era una afirmación de que la paz y el orden habían regresado al imperio. La confianza de la que hacía gala resultaba tranquilizadora. Tan solo una generación antes, en el año 378 d. C., las legiones de Roma sufrieron en Adrianópolis la peor derrota de su orgullosa historia. Desde entonces, el mundo parecía tambalearse sobre su eje. Los godos irrumpieron en masa en el imperio formando una mezcla inescrutable de aliados y enemigos. La muerte del emperador Teodosio I en 395 d. C. reveló que las mitades oriental y occidental del imperio se habían distanciado tan silenciosa y consecuentemente como la deriva de los continentes. Las luchas internas habían puesto en peligro a las provincias africanas y el suministro de alimentos. Pero, por el momento, el cónsul había calmado las aguas y restablecido «el equilibrio del mundo».[3]

El poeta que hablaba en honor del cónsul se llamaba Claudiano. Nacido en Egipto y con el griego como lengua

materna, Claudiano se había convertido en uno de los últimos gigantes auténticos del verso latino clásico. Sus palabras denotan el sincero asombro que inspiraba la capital en un visitante. Roma era la ciudad que «afloró de orígenes humildes, se extendió hasta ambos polos y desde un pequeño lugar amplió su poder hasta ser colindante con la luz del sol». Era la «madre de las armas y la ley». Había «librado mil batallas» y «acrecentado su influencia en la Tierra». Solo Roma «acogía a los conquistados en su seno e, igual que una madre, y no una emperatriz, protegía a la raza humana con un nombre común e invitaba a quienes había derrotado a compartir su ciudadanía».<sup>[4]</sup>

No se trataba de sofisticación poética. En tiempos de Claudiano podían encontrarse romanos orgullosos en Siria e Hispania, en las arenas del Alto Egipto y en las fronteras heladas del norte de Britania. Pocos imperios en la historia han conseguido la envergadura geográfica o las capacidades integradoras del territorio autónomo romano. Ninguno ha combinado dimensiones y unidad como los romanos, por no hablar de su longevidad. Ningún imperio ha podido recordar tantos siglos de grandeza ininterrumpida, publicitada en cualquier lugar del foro donde uno posara la vista.

Durante casi un milenio, los romanos habían marcado sus años con el nombre de los cónsules; de ahí que el de Estilicón «se inscribiera en los anales del cielo». En agradecimiento a este honor inmortal, se esperaba que el cónsul entretuviera a la gente con un estilo romano tradicional, esto es, con juegos caros y sanguinarios.

Mapa 1. El Imperio romano y sus ciudades más grandes en el siglo IV.

Sabemos gracias al discurso de Claudiano que al pueblo se le ofrecía una colección de animales exóticos digna

de un imperio con pretensiones globales. Se traían jaba-líes y osos de Europa y leopardos y leones de África. De India llegaban colmillos de elefante, aunque no el animal propiamente dicho. Claudiano imagina los barcos surcando mares y ríos con su cargamento salvaje (e incluye un detalle inesperado pero maravilloso: a los marineros les aterraba la idea de compartir embarcación con un león africano). Llegado el momento, la «gloria de los bosques» y «las maravillas del sur» serían justamente masacradas. La matanza de las bestias más feroces de la naturaleza en los confines del circo era una incisiva manifestación del dominio de Roma sobre la Tierra y todas sus criaturas. Tales espectáculos sangrientos eran de una familiaridad reconfortante y vinculaban a los habitantes actuales de Roma con las innumerables generaciones que habían construido y mantenido el imperio.<sup>[5]</sup>

El discurso de Claudiano complació a sus oyentes. El senado votó a favor de honrarlo con una estatua. Pero las confiadas notas de su discurso pronto quedaron ahogadas, primero por un brutal asedio y luego por lo impensable. El 24 de agosto de 410, por primera vez en ochocientos años, la ciudad eterna fue saqueada por un ejército godo en el que sería el momento más dramático de la larga sucesión de acontecimientos conocida como la caída del Imperio romano. «En una ciudad pereció la Tierra misma»<sup>[6]</sup>.

¿Cómo pudo ocurrir? Las respuestas que podríamos dar a esa pregunta dependerán en buena medida de la resolución de nuestra lente. A pequeña escala, se adivina la elección humana. Las decisiones estratégicas de los romanos en los años previos a la calamidad han sido cuestionadas incesantemente por generales de salón. En un lienzo más amplio podríamos identificar fallos estructurales en la maquinaria imperial, como las agotadoras guerras civiles o las desorbitadas presiones del aparato fiscal. Si nos alejamos aún más, podríamos ver el auge y caída

de Roma como el destino inevitable de todos los imperios. Ese fue más o menos el veredicto final de Edward Gibbon, el gran historiador inglés de la caída de Roma.

En sus famosas palabras: «La caída de Roma fue el efecto natural e inevitable de una grandeza desmesurada. La prosperidad maduró el proceso de putrefacción; las causas de la destrucción se multiplicaron con el alcance de las conquistas y, en cuanto el tiempo o los accidentes hubieron eliminado los apoyos artificiales, el estupendo tejido cedió bajo su propio peso». La ruina de Roma fue solo un ejemplo de la impermanencia de todas las creaciones humanas. *Sic transit gloria mundi*.<sup>[7]</sup>

Todas estas respuestas pueden encerrar algo de verdad. Pero el argumento planteado en estas páginas es que, para entender el prolongado episodio que conocemos como la caída del Imperio romano debemos examinar más de cerca un gran acto de autoengaño que anida en el corazón mismo de las ceremonias triunfales del imperio: la inmerecida seguridad, plasmada en el sangriento ritual de la caza de animales teatralizada, de que los romanos habían domesticado a las fuerzas de la naturaleza. Con un alcance que ni los propios romanos podían comprender y apenas imaginar –de lo microscópico a lo global–, la caída de su imperio fue el triunfo de la naturaleza sobre las ambiciones humanas. El fatal destino de Roma fue escenificado por emperadores y bárbaros, senadores y generales, soldados y esclavos. Pero también lo decidieron bacterias y virus, volcanes y ciclos solares. Hasta hace unos años no contábamos con las herramientas científicas que nos permiten atisbar, a menudo fugazmente, el gran espectáculo del cambio medioambiental en el que los romanos fueron actores involuntarios.

La gran épica nacional de los comienzos de Roma, la *Eneida*, se proclama a sí misma como una canción sobre «armas y un hombre». La historia del final de Roma también es humana. Hubo momentos tensos en los



Figura P. 1. Relieve con leones enjaulados en un barco, siglo III (DEA PICTURE LIBRARY / Album).

que la acción humana decidió entre el triunfo y la derrota. Y hubo dinámicas materiales más profundas –de producción agraria, recaudación de impuestos, dificultades demográficas y evolución social– que determinaron el alcance y éxito del poder romano. Pero, en las primeras escenas de la *Eneida*, el héroe es arrastrado por los vientos maliciosos de una violenta tormenta como un juguete de las fuerzas elementales de la naturaleza. Lo que hemos descubierto en los últimos años está haciendo visibles como nunca antes a las fuerzas elementales que azotaron repetidamente al imperio. Los romanos crearon un imperio mediterráneo gigantesco en un momento particular de la historia de la era climática conocida como Holoceno, un momento suspendido al borde de un tremendo cambio climático natural. Y lo que es aún más importante, los romanos construyeron un imperio interconectado y urbanizado en los límites de los trópicos y con tentáculos que se extendían por todo el mundo conocido. En una conspiración